

2. LOS HECHOS

entonces nos cortaron el debate.

Aquel segundo round de la guerra informativa había sido aparatosamente perdido por el gobierno y por AD, quienes trataban de imponer un análisis de lo ocurrido en abierta actitud de jalar la brasa para su sardina, dejando fría y cruda la sardina del pueblo. La discusión sobre tanta información como la recibida aquella tarde se hacía indetenible.

Había dos posiciones claramente diferenciadas: la representada por David Morales Bello en su grito de Muerte a los golpistas, y la representada por Rafael Caldera, según la cual había que reconocer, había que admitir que lo que había pasado transcendía lo revelado por los pátes militares. Que el país había expresado una amarga confusión en la que, pasivo y temeroso, no salió a apoyar al golpe, ni a defender la democracia de RECADI, de las queridas mandando como generales y financiadas con los dineros del pueblo, de la conchupancia y complicidad de jueces y magistrados, de la entrega total a los mandatos del Fondo Monetario Internacional, en fin, de esta democracia en que sobrevivimos.

El tercer round de la guerra informativa está pasando por debajo de la mesa y elementos centrales del debate democrático están siendo escamoteados.

Las reafirmaciones de fe democrática están a la orden del día. Los golpes de pecho se preparan en cínica avalancha.

Hoy la democracia venezolana, que no resolverá sus problemas de un día para otro, tiene una prueba en el camino. ¿Nos dejarán discutir nuestra situación, las causas de nuestro malestar? ¿Nos dejarán decir nuestra palabra? ¿O la democracia será apañarse sórdidamente alrededor del muerte a los golpistas exigido por David Morales Bello?

¿Podrá Hugo Chávez Frías y los otros comandantes de los militares rebeldes decir lo que querían hacer, explicar sus motivaciones, puntualizar sus apreciaciones? ¿Tendremos el derecho de escucharlos?

Si por ser responsables de la muerte de decenas de vidas humanas se les pretende condenar a la muerte del silencio, sería conveniente recordar que el gabinete económico del gobierno de Carlos Andrés Pérez ha condenado a muerte a una generación entera de niños venezolanos que no tomará la leche suficiente como para sobrevivir y no se les dice nada.

La muerte del Presidente

Arturo Sosa A.

El juicio a los militares responsables de la asonada determinará jurídicamente si hubo o no un magnicidio frustrado en la madrugada del 4 de febrero. De hecho el Presidente Carlos Andrés Pérez está vivo y en ejercicio de sus funciones. Sin embargo, desde la perspectiva política hubo una "muerte" del Presidente.

LA MUERTE DE SU PALABRA

Ante la protesta del 27 de febrero de 1989 el Presidente se excusó diciendo que era muy temprano para exigirle responsabilidades a un Gobierno que apenas estaba iniciando su gestión, que había que esperar los resultados de sus "ajustes", pues el deterioro que se experimentaba era consecuencia de las políticas que se estaban corrigiendo, y que los vaticinios sobre un descalabro social no tenían base alguna... Los "ajustes", por el contrario, lograrían darle un giro al proceso de deterioro para orientarlo definitivamente por una vía ascendente. Más aún, el Presidente apeló a toda la credibilidad que le da su investidura, además de su "sobrado" liderazgo político y "carisma" personal, para asegurar que se trataba de un "paquete de ajustes" necesario -única vía sobre la faz de la tierra- para el bien de la República.

El 4 de febrero esa excusa ya no vale. La palabra empeñada del Presidente no se cumplió. Los venezolanos de toda clase y condición hemos experimentado el golpe del empobrecimiento individual y colectivo. El Presidente nos repitió continuamente que esa era nuestra contribución al bien de la República, el "sacrificio" necesario para el éxito de las medidas de ajustes. Pusimos nuestra cuota de sacrificio impuesto más allá de lo es-

perado. Pero, no hemos visto la cuota de los demás. Se ha sido implacable en la baja de los salarios, en la eliminación de los subsidios, en el recorte de los recursos reales para la atención de la salud, la educación, los programas de vivienda, etc. Al mismo tiempo, todas las medidas tendientes a una efectiva redistribución de la riqueza, comenzando por la reforma tributaria, se han ido postergando indefinidamente. El "sacrificio" se ha convertido en mayor brecha de injusticia social. Mientras el común se ha empobrecido alarmantemente, unas pequeñas minorías se ha enriquecido sin siquiera contribuir con una pequeña parte de sus ganancias a los ingresos de un Estado incapaz de garantizar a su pueblo el mínimo vital necesario y cumplir la base del acuerdo constitucional en el que se funda la República. A esta situación más global puede añadirse el desparramo que algunos de los beneficiados con los ajustes exhiben su riqueza y la falta de pudor de funcionarios públicos en sus gastos habituales. De esta manera se contribuye a la muerte del Presidente.

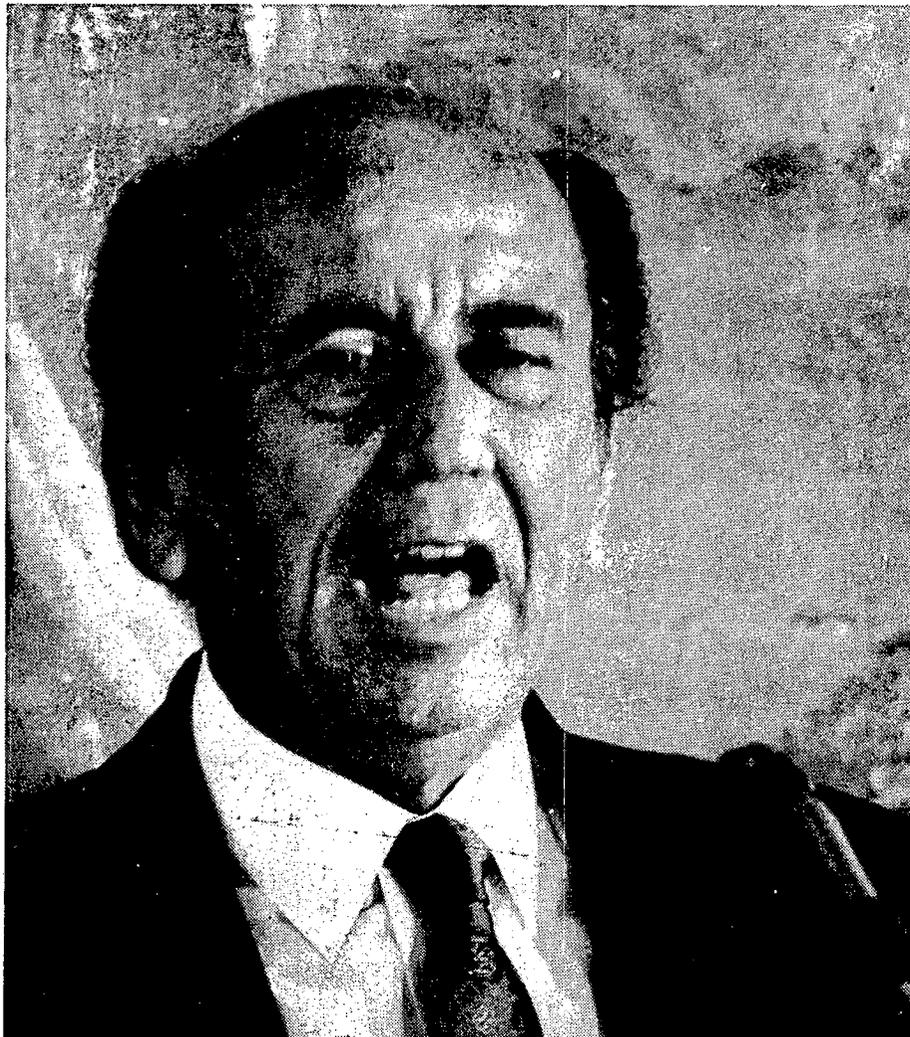
LA MUERTE DE SU IMAGEN

La imagen que del Presidente Carlos Andrés Pérez teníamos todos los venezolanos se había ido deteriorando tanto que el 4 de febrero sólo significó publicar el acta de defunción. Lo que sí fue golpeado hasta la muerte fue la imagen que el Presidente tenía de sí mismo alimentada de la estima que según él gozaba en mandatarios y organismos internacionales.

Hemos oído hasta el cansancio que el Presidente es el máximo representante de la Nación y de su pueblo. Hemos visto repetidas veces cómo

2. Los Hechos

LA MUERTE DE LA LEGITIMIDAD POLITICA



firma sus cartas oficiales con el pomposo "en nombre del Pueblo y del Gobierno de Venezuela". Sin embargo en el dramático momento en que estaba amenazada la estabilidad del sistema que en nombre de todos preside Carlos Andrés Pérez, confiesa que se siente abochornado por el "qué dirán" los mandatarios extranjeros con los que venía de reunirse en Suiza y continuamente se reúnen con él en cumbres, cimas, G-3, G-8 ...

Su bochorno proviene, según nos lo hizo saber a todos en la misma madrugada del golpe, de la pérdida de su imagen en el exterior y no provenía del cuadro de un país empobrecido, con el sistema educativo parado por una huelga magisterial, los hospitales sin médicos por otro conflicto mientras se suman los casos de cólera y toda clase de enfermedades que se había logrado erradicar con décadas de esfuerzos, sin agua constante en la mayor parte de las ciudades y pueblos, con un sistema

de transporte inadecuado, lento e insostenible, viviendo la zozobra permanente que produce la violencia y la inseguridad, y para rematar, sin horizonte abierto en el que fundar la esperanza.

El bien de la República no se sostiene por su "imagen" externa, sino por su realidad interna. La principal preocupación del Presidente tiene que ser no "quedar mal" con los venezolanos que lo eligieron para regir sus destinos. Su obligación es dar cuenta al pueblo. Cuando se le ha criticado sus múltiples viajes al exterior no se ha pretendido limitar su libertad de acción en el manejo de las relaciones internacionales para beneficio de Venezuela, ni su solidaridad con los pueblos hermanos, se le ha comunicado una impresión difundida en una buena parte de sus "representados": que no le está prestando suficiente atención a los problemas internos, que ha desbalanceado su equilibrio como gobernante.

Si añadimos ingredientes como la frustración de las expectativas de la mayoría de la población, el deterioro a ojos vistas del sistema judicial, la creciente insensibilidad de los partidos políticos, el insensato egoísmo con el que los dirigentes gremiales y obreros conducen sus "luchas" y la virulencia de la corrupción en todos los niveles, acompañada de una flagrante hipocresía en su combate proporcionalmente ineficaz al calor que se pone en el palabrerío con el que se la condena, no es de extrañarse que se descubran minadas las bases sociales de la democracia que todos -el pueblo, los partidos, los militares alzados o no, los empresarios, la iglesia, el gobierno, los parlamentarios y los jueces- seguimos queriendo para regir la República.

En clave del deterioro de la legitimidad hay también que leer la hipersensibilidad que se ha despertado con el tema de las negociaciones con Colombia, especialmente en cuanto a la delimitación de las áreas marinas y submarinas en el Golfo de Venezuela. Sin descartar la existencia de resabios del nefasto "chauvinismo" en la sociedad venezolana, no debe dejarse de leer el otro mensaje: los venezolanos hemos llegado a tener la impresión de que no tenemos seguro ni siquiera el territorio de la Patria. El Presidente de la República es su garante no sólo en términos objetivos, es decir, que no puede cederlo, sino también en términos subjetivos, o sea, en crear y mantener la confianza del pueblo al que representa.

La muerte política del Presidente de la República no es, como la muerte biológica de las personas, irremediable. Puede "resucitar" recuperando la confianza de sus representados, rescatando su preocupación y conexiones con la vida nacional, rehaciendo los canales de comunicación con las bases sociales de la República. Esto es lo que deseamos de todo corazón.